

Beaurepaire.

A la madrugada llegó Jacobo Merey á Chateam-Thierry.

Al encontrarse solo con sus recuerdos, se olvidó el doctor de todo. Danton, Dumuriez, Beaurepaire, Paris, Verdun desaparecieron por completo, y se trasladó á Argenton, viendo el corazón de su propio corazón, como dice Hamlet, á Eva.

¡Qué noche tan triste y tan dulce fué aquella, consagrada á la ausente! ¡Cuántos suspiros, cuántas exclamaciones ahogadas! ¡Cuántas veces repitió el dulce nombre de Eva extendiendo los brazos para estrechar el vacío!

Paris y su sangriento panorama rechazaban aquel ensueño dorado; pero cuando desaparecía el cadalso, el verdugo con las cabezas en la mano, los aullidos de las mujeres, los gritos que salían de las cárceles, la marcha acompasada de las patrullas nocturnas, todo volvía á presentarse para el infeliz amante dorado y halagüeño.

Pero al aparecer la aurora, la vida real, como una mujer celosa, se apoderó del viajero. Los voluntarios, cantando la Marsellesa, cubrían los caminos; en las colinas blanqueaban las tiendas de campaña de los nacionales, y el anciano labriego armado defendía los campos labrados.

—¿A dónde están tus hijos, anciano?

—Marchan contra el enemigo.

—¿Y cuando mueran á manos del extranjero?

—Entonces nos tocará el turno.

Un país defendido de ese modo es invencible.

La razón de no haber insistido el enemigo, de no haber peleado, de no haber aprovechado el tiempo fué porque vió la Francia erizada de picas y de bayonetas.

Además, preciso es confesar que el jefe de aquella amenazadora y poderosa coalición carecía de la energía necesaria. En su juventud había obtenido en el reinado de Federico el Grande grandes triunfos militares, y era valiente, experimentado é inteligente; pero el abuso de los placeres en edad ya avanzada habían paralizado su viveza. El águila se había vuelto miope.

Cuanto más adelantaba Jacobo Merey más numerosos eran los voluntarios.

Un poco más allá de Santa Menehould encontró un vivac, y haciendo detener el carruaje, preguntó si podría hablar con el que mandaba el destacamento.

El coronel Galbeau era el jefe, y conducía á Verdun el 17 de infantería, un batallón de voluntarios y cuatro cañones.

Jacobo Merey se dió á conocer, y supo que Galbeau, por orden de Dumuriez, se encamidaba á Verdun, para tomar el mando y defender la población hasta el último extremo, pues en aquellos momentos era la llave de Francia: caminaba á marchas forzadas, y temía llegar tarde.

Encargó á Jacobo Merey que anunciara su proximidad á Beaurepaire, y le ordenase que, en caso de necesidad, si Verdun estaba cercado por tropas enemigas, que hiciera una salida para proteger su llegada.

Comprendiendo Merey que no había tiempo que perder, ordenó á los postillones que aumentasen la velocidad, y obedeciéndole salieron á escape.

A la madrugada vió la población y oyó cañonazos, y apercibió la cuesta de San Miguel coronada de tropas.

Eran los prusianos que atacaban la ciudad.

Felizmente el camino que recorría Jacobo Merey estaba libre todavía, y lo que necesitaba era llegar antes que los enemigos.

—Cinco luises de oro por entrar en Verdun; gritó Jacobo al postillon.



El carruaje partió como una bomba, pasó delante de la vanguardia prusiana como á trescientos pasos, y llegó á las puertas de Verdun en medio de una lluvia de balas.

Las puertas se abrieron y volvieron á cerrarse detrás de Jacobo.

—¿A dónde encontraré al coronel Beaurepaire? preguntó.

Pero el espanto era general, y la llegada de los prusianos hacia cerrar puertas y ventanas; los habitantes volvian á sus casas apresuradamente, y Jacobo pudo con mucho trabajo obtener contestacion.

El coronel Beaurepaire estaba en consejo en la casa del Ayuntamiento.

Jacobo se hizo conducir, bajó precipitadamente de la silla de posta, y cuando empezaba á subir la escalera bajaba el comandante de plaza.

Le reconoció y se dió á conocer, y ambos subieron en el carruaje y se dirigieron á casa del comandante.

Un jóven oficial aguardaba con visible impaciencia.

—¿Qué hay? preguntó.

—Ha sido acordado defenderse á todo trance.

—¡Loado sea Dios! exclamó el jóven levantando al cielo sus hermosos ojos azules. Concededme un puesto en el que pueda morir con gloria; os lo suplico, comandante.

—No tengas cuidado, contestó Beaurepaire; no se olvidan fácilmente hombres como tú.

—Entonces aguardo aquí, ¿no es cierto?

—Aguarda.

Jacobo Merey y el comandante entraron en una habitacion aislada, y cuyas paredes estaban cubiertas con planos de Verdun.

—¿Quién es ese jóven? preguntó Jacobo Merey sonriendo.

—Ese jóven, como dices, es uno de nuestros más valientes oficiales. Se llama Marceau: es jefe del batallon Euxe y Loir. Ya verás cómo se bate.

Jacobo presentó á Beaurepaire sus poderes, y le preguntó cuáles eran los medios de defensa con que contaba.

—¡Pardiez! podriamos decir como los espartanos: *tenemos nues-*

*tros pechos.* Contamos con tres mil hombres de guarnicion, doce piezas de grueso calibre, ó sea morteros, dos inservibles; treinta y dos cañones, dos desmontados; noventa y nueve mil balas de cañon de á veinticuatro y de veintidos, y quinientas once de diferentes calibres. Añadid ciento cuarenta y tres fusiles para los voluntarios, trescientos sesenta y ocho para dragones y setenta y una pistolas.

—¿Salias del consejo cuando llegué?

—Sí; antes habia puesto la ciudad en estado de sitio, habia mandado desempedrar las calles y prohibido los grupos, bajo pena de muerte.

—¿Serás obedecido?

—Mira hácia la calle.

—Efectivamente, empiezan á desempedrar; bien, ahora hablemos de otra cosa.

Y Jacobo Merey refirió á Beaurepaire su encuentro con Galbeau, el que por orden de Dumuriez llevaba refuerzos á Verdun.

—¡Cáspita! Nada podia serme más agradable que esa noticia; me quita la responsabilidad y me da la vida. Como comandante de plaza, habia jurado perecer entre sus ruinas; como segundo, seguiré la suerte de los demás. Mi mujer y mis hijos te deben un cirio, buen Galbeau.

—Pero ¿sabes que la ciudad está cercada?

—Sí; precisamente por esto es necesario hacer una salida para proteger la llegada de Galbeau. Justamente tengo un hombre á propósito para eso. Marceau.

Llamó y se presentó un ordenanza.

—Avisad al jefe Marceau que lo espero.

Parecia que el jóven oficial habia sido avisado magnéticamente, porque se presentó al instante.

—Marceau, le dijo Beaurepaire, tomad trescientos hombres de infantería, toda la caballería, tres compañías de granaderos de la Milicia nacional y los paisanos que deseen acompañarte.

—Yo me encargo de eso, dijo Jacobo Merey.

—¿Vienes con nosotros? preguntó Marceau.



—Sí; y creo no seré inútil, aunque no sea más que como cirujano.

—Este ciudadano es enviado del Poder ejecutivo, dijo Beaurepaire á Marceau.

—Y como tal vez tenga que dar órdenes terminantes y que tomar rigurosas medidas, no estará de más que ponga manos á la obra para que sepan á quién obedecen; vamos á examinar el terreno.

Merey salió con Marceau, tomó un fusil de dragon, llenó los bolsillos de cartuchos, interin el jóven oficial hacia tocar llamada, sonar bota-sillas y reunir á los notables de buena voluntad.

Cinco ó seis se presentaron.

Marceau y Merey subieron con un anteojo á una de las torres más elevadas de la poblacion, y vieron á lo lejos la vanguardia de Galbeau por el camino de Santa Menehould: un cordon de prusianos les cerraba el paso.

Al bajar del campanario les entregaron un impreso de parte del duque de Brunswick.

Muchos habitantes de Verdun leian tambien la intimacion.

¿Cómo habian entrado en la ciudad? Nadie lo sabia.

Esto hacia ver que existian ocultas comunicaciones con Verdun.

Era una intimacion para rendirse.

Inútilmente he buscado en *Thiers* y en *Michelet* el célebre manifiesto del duque de Brunswick, y sin duda no conocian sino los fragmentos.

Más feliz que ellos, cuando fuí á Verdun para buscar las huellas de mis héroes lo encontré completo, y como en él se manifiesta el carácter orgulloso de los prusianos y sus feroces amenazas, reducidas despues con gran asombro de todos á una inconcebible tranquilidad, cuya verdadera causa fué el suicidio de la voluntad por los placeres excesivos, lo copio íntegro.

«Los sentimientos de equidad y justicia que animan á sus majestades el emperador y el rey de Prusia, han hecho se suspendan los ataques que, para tomar la ciudad, hubieran ordenado. Desean evitar todo lo posible la efusion de sangre, y por consiguiente intimo

á la guarnicion que abra á las tropas prusianas las puertas de la ciudad y de la ciudadela, y que salgan en el término de veinticuatro horas con armas y bagajes, exceptuando la artillería.

»En ese caso, tanto la tropa como los habitantes estarán bajo la proteccion de SS. MM. imperiales y reales. Pero si rechazan esta generosa oferta, no tardarán en sufrir las consecuencias y desgracias de su negativa; serán sometidos al consejo de guerra y los habitantes entregados al furor de los soldados.—BRUNSWICK.»

Marceau reunió su tropa. Jacobo se puso á la cabeza de los notables entre los milicianos nacionales, y se reunieron detrás de la puerta de Francia con el objeto que, llegado el momento, no hubiera más que abrirla. Un centinela colocado sobre la muralla avisaria cuando atacara Galbeau.

Al primer tiro de los cazadores de Galbeau, se abrió la puerta; la caballería avanzó de frente y la infantería de la guarnicion y de la Guardia nacional por los lados; por Jardin-Fontaine y Thierville.

En la cuesta de Varennes encontraron al enemigo.

Desgraciadamente habia tenido tiempo de hacer cubrir aquel punto por considerables refuerzos, en particular por la caballería de los emigrados.

El combate fué encarnizado por ambas partes. Varias veces los dos ejércitos patriotas procuraron encontrarse, y Jacobo Merey vió relucir las bayonetas de Galbeau, pero no hubo esfuerzo capaz de romper aquel viviente vallado colocado entre los dos ejércitos para impedir se reunieran.

Hubo un momento en el cual creyó ver Jacobo Merey á través del fuego de mosquetería pasar un ginete, que le pareció en su rostro y apostura el marqués de Charelet. Le llamó y le desafió, pero el fantasma no le contestó y desapareció entre el humo de donde habia salido.

Los prusianos hicieron un violento esfuerzo, y los patriotas fueron rechazados; llegaron nuevos refuerzos y las filas enemigas se engrosaron.

La esperanza de unirse con Galbeau era ilusoria; y Marceau,



estenuado, cubierto de sangre de sus contrarios, luchando uno contra diez, se vió en la precision de tocar retirada.

El pequeño ejército volvió á la ciudad y Galbeau se retiró perdiendo la esperanza de entrar en Verdun.

El 31 de Agosto empezó el bombardeo, y duró desde las once de la noche hasta la una de la madrugada.

El daño no fué grande, aunque los habitantes de la parte alta de la poblacion, barrio aristocrático y del clero habian iluminado las casas para hacer más certeros los tiros del enemigo.

A las tres de la mañana del dia 1.º de Setiembre se presentó el rey de Prusia en la batería de San Miguel, y el fuego volvió á empezar hasta las cinco.

Algunas casas ardieron.

La artillería de la plaza no llegaba á las alturas que ocupaban los prusianos, y por consiguiente ningun daño les causó.

De los sitiados no hubo más que un muerto, un tan Gillion, ex-constituyente, y que se habia refugiado en Verdun, á la cabeza de los voluntarios de San Miguel; un casco de granada le hirió en el muelle de la carnicería.

Sin embargo, multitud de mujeres ocupaban la plaza del Ayuntamiento, en donde estaba reunido el consejo defensivo permanente, y en el que tenia Beaurepaire habitaciones separadas de las de su mujer y sus hijos.

Aquellas mujeres gritaban pidiendo al Consejo que tuviera piedad de ellas y de sus hijos, y que no contribuyese á la ruina del país y de las propiedades particulares.

Varias diputaciones de diferentes puntos de la poblacion se presentaron al consejo defensivo, rogándole aceptara las condiciones del rey de Prusia que habian leído en el manifiesto del dia anterior, introducido en Verdun sin saber cómo.

Al mismo tiempo se oia la corneta de parlamento.

La mayoría, despues de una corta discusion, y por votacion de diez contra dos, determinó recibirlo.

Fué introducido con los ojos vendados, y preguntó si en vista del bombardeo habia cambiado la opinion de los defensores de Verdun.

Hecha la pregunta, volvió á salir sin quitarse la venda de los ojos.

Beaurepaire obtuvo la palabra, y dijo:

—He ofrecido enterrarme entre las ruinas de Verdun; el enemigo no entrará sino pasando sobre mi cadáver.

Todas las miradas se dirigieron hácia Jacobo Merey, el que sabian era enviado con órdenes particulares.

—Ciudadanos, dijo; ya sabeis que Verdun es la llave de la Francia. El valiente coronel Beaurepaire os ha dicho lo que piensa; me habeis visto hoy entre las balas sin que tuviera obligacion ninguna, y habiendo expuesto mi vida por vosotros, me parece que tengo algun derecho á deciros lo que la Francia espera de los hijos de Verdun.

La Francia aguarda un acto de heroismo: resistid ocho dias y dareis tiempo á que se ponga Paris en estado de defensa, salvareis á la patria y tendreis derecho de añadir en vuestras armas estas palabras:

«A Verdun, la Francia agradecida.»

Defendeos. Yo correré los mismos riesgos, y si es preciso, moriré con vosotros.

Alentado por aquella doble alocucion, pidió el consejo una tregua de veinticuatro horas para contestar definitivamente á su majestad Federico Guillermo.

De nuevo introdujeron al parlamentario y le hicieron saber la contestacion.

—Señores, dijo; he venido á buscar un *sí* ó un *no*, nada más. Su majestad el rey de Prusia tiene prisa.

—No tenemos más que decir, dijo Beaurepaire; si tiene prisa, pue de hacer lo que guste.

—Entonces, caballeros, preparaos al asalto; contestó el parlamentario.

—Decidle á vuestro amo, replicó Beaurepaire, que si nos vemos



obligados á ceder al gran número de sitiadores, sabemos en dónde están los almacenes de pólvora y abriremos las tumbas de los vencedores en el campo de su victoria.

Esta altanera contestacion obtuvo resultados.

Las veinticuatro horas de tregua fueron concedidas.

Como Jacobo Merey sabia que en aquellas circunstancias las horas valian por dias, pensaba hacer lo posible para que el sitio se prolongase con pretexto de conferenciar.

Pero los cuerpos administrativos y judiciales enviaron una diputacion de veintitres individuos, portadores de una súplica, en la que pedian que, deseando evitar la completa ruina de la poblacion, se aceptasen las ofertas que hacia el duque de Brunswick, en nombre del rey de Prusia, puesto que la guarnicion y las armas quedaban en poder de la nacion, y que de otro modo las ruinas de Verdun de nada servirian á la patria.

Aquella carta se leyó delante de Marceau, quien se encontraba allí por casualidad.

Al escuchar su contenido se levantó del asiento, diciendo:

—Yo, en nombre del ejército, en nombre de mi regimiento, en mi nombre, pido que aproveche la ciudad las veinticuatro horas de tregua en ponerse en estado de resistir el sitio.

Pero como si la respuesta se hubiera oido en la calle, los gemidos y las lágrimas penetraron en la sala del consejo. Era un coro de niños, de mujeres y de ancianos agrupados en los escalones del Ayuntamiento para unir sus súplicas á los votos secretos de aquellos que deseaban la rendicion de la ciudad.

No tardaron en manifestarse, y el consejo, dejando para el dia siguiente el redactar las bases de la capitulacion, trató de suspender la sesion.

Jacobo Merey vió palidecer á Beaurepaire, sobre el que tenia la vista fija.

—Dispensad, ciudadanos, dijo. ¿Estais decididos, si no en vuestros corazones, á lo ménos mentalmente, que á pesar de lo que os he dicho de que la salvacion de la Francia dependia de la resistencia de Verdun, debe entregarse al enemigo?



—Reconocemos que es imposible defenderla; contestaron á una voz los miembros del consejo.

—¿Y si yo, no siendo de vuestra opinion, rechazo la capitulacion? insistió Beaurepaire.

Abriremos las puertas al rey de Prusia y confiaremos en su generosidad.

Beaurepaire lanzó sobre aquellos hombres una terrible y despreciativa mirada.

—Pues bien, dijo; he hecho el juramento de morir antes que rendirme; sobrevivid á vuestra vergüenza y deshonor; en cuanto á mí, seré fiel á lo jurado. Estas son mis últimas palabras: Muero libre; ciudadano Jacobo Merey, darás fé de ellas.

Y sacando de su bolsillo una pistola, antes de que pudieran contenerle, ni aun conocieran su intencion, se saltó el cráneo.

Jocobo Merey recibió en sus brazos á aquel mártir del honor.

Al dia siguiente, las jóvenes de Verdun, cubiertas con blancos velos, sembraban de flores la carrera por donde debia pasar el rey de Prusia, para dirigirse desde la puerta de Thronville á la casa del Ayuntamiento, y llevaban canastillas de confites y grajea.

La guarnicion salia á la misma hora por la puerta de Santa Menahould con todos los honores de guerra, y escoltando un furgon, arrastrado por caballos negros, y en el cual iba el cadáver Beaurepaire envuelto en una bandera tricolor.

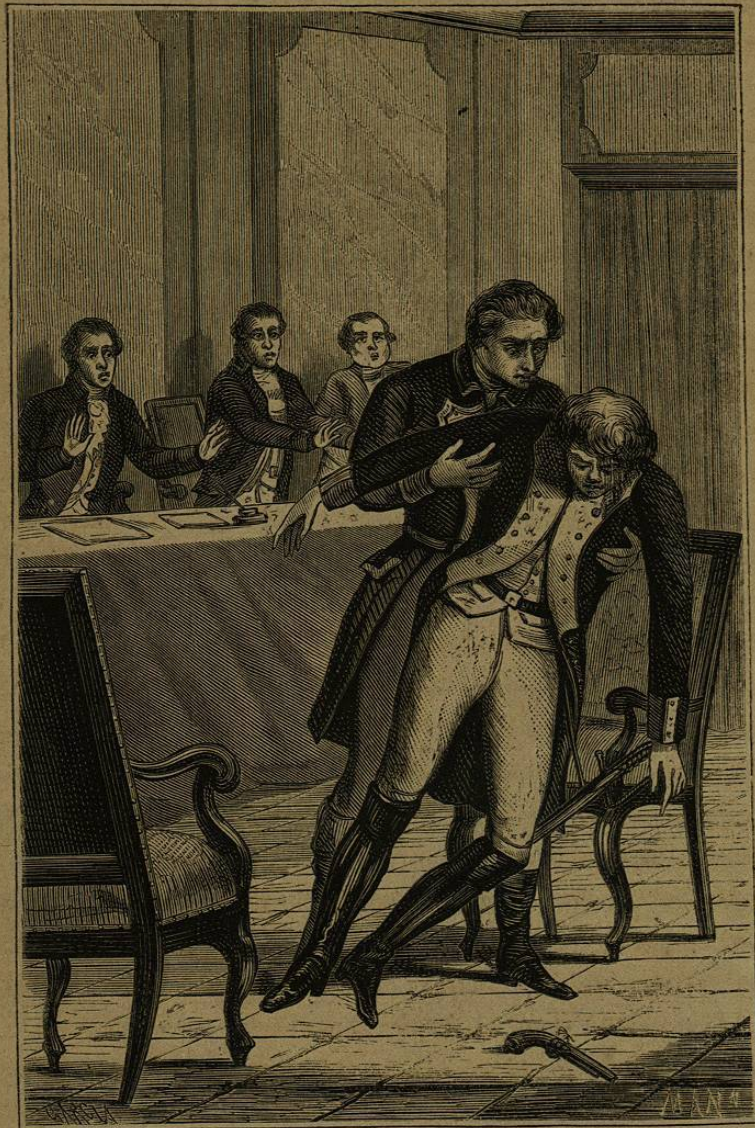
No habian querido dejar en poder de los prusianos el cadáver de su héroe.

El batallon de Euxe y Loir formaba la vanguardia, y Marceau, su comandante, iba el ultimo.

La vanguardia prusiana siguió al ejército francés hasta Livry-la-Perche, y allí se detuvo.

Entonces Marceau, levantándose sobre los estribos, les envió en su nombre y en el de Francia esta amenazadora despedida:

—Hasta la vista en las llanuras de Champaña.



Jacobo Merey recibió en sus brazos aquel mártir del honor.